

La Misa del Domingo

DOMINGO I DE CUARESMA 2016 – Ciclo C

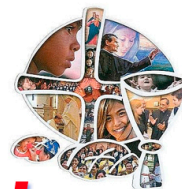
Dt 26,4-10

Rom 10,8-13

Lc 4,1-13

Estamos iniciando el tiempo de Cuaresma de este Año Jubilar de la Misericordia. El pasado miércoles, con el rito de la imposición de la ceniza, la Iglesia inauguraba este tiempo cuya finalidad es experimentar y agradecer el amor de Dios, su perdón y su misericordia. Se trata, por tanto, de un tiempo favorable a nosotros, de un auténtico regalo de Dios, por lo que hemos de vivir esta Cuaresma con la alegría que brota de la fe. La Cuaresma no es tiempo de reprimendas, ni de “malas caras”...; es, sobre todo, un tiempo en el que escuchamos la noticia que llena toda la historia y que llega a cada uno de los seres humanos, también a nosotros, y que es reveladora de la misericordia infinita del Padre: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164). Éste es el anuncio principal del Evangelio, el que siempre hemos de escuchar y que ocupa un lugar central en este tiempo cuaresmal. ¿A quién no le gusta escuchar un mensaje así? Las fiestas de Carnaval pueden oscurecer esta buena noticia. Pero la Cuaresma es la fiesta del amor misericordioso de Dios que nos provoca, que asimismo reclama nuestra respuesta de amor.

La Cuaresma, como vemos, pone a Jesucristo en el centro de nuestra consideración. El misterio del amor y la misericordia de Dios se revela a lo largo de la historia en forma dramática a causa de la infidelidad de los hombres. Este drama de amor alcanza su culmen en Jesucristo. Él es la “misericordia encarnada” (MV 8), en el que se nos muestra el comportamiento de Dios en relación a nosotros, pecadores. Pero también Jesús encarna la escucha perfecta de la Palabra de Dios, que, de forma amorosa, quiere ocupar el centro de nuestro corazón: “amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,4-5). Lo hemos escuchado en el Evangelio: Jesús, “lleno del Espíritu Santo”, vence la tentación y nos revela así en qué consiste su ser Hijo de Dios. Su condición divina no es un aval para hacer una demostración de poder, al estilo de los poderosos de este mundo. A pesar de que sintió hambre, Jesús no se sirve de su relación con Dios para disfrutar de un provecho para sí. Tampoco sucumbe a la tentación de asumir un poder político o mundano, pagando para ello el peaje de la idolatría. Ni pone a prueba a Dios ni lo chantajea poniéndolo a su servicio, o con la pretensión de un lucimiento personal. Por el contrario, las tentaciones de Jesús ponen de relieve cómo Él, a la hora de tomar decisiones, antepone la salvación de Dios y su justicia: “al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto”... Con todo esto, el texto evangélico de hoy no sólo nos habla de Jesús, sino también del mismo Dios, de su modo de ser y de proceder con el mundo y con nosotros.



La Misa del Domingo

Por esto el evangelio que hemos escuchado es una llamada a conocer más y mejor la verdad de Jesucristo, y como consecuencia de ello, a confesar nuestra fe en el Dios que se manifiesta a través de Él. Israel (y cada israelita), al final de la siega o de la cosecha del año, profesaba su fe haciendo memoria de la pasada acción de Dios a favor de su pueblo, y descubriendo, desde ella, que su Dios seguía actuando en sus propias vidas, que seguía cuidando de su pueblo (primera lectura). Los cristianos sabemos que Jesús es el cumplimiento de las promesas de Dios. Por esto Pablo también se refiere a una confesión de fe que tiene como centro a Jesucristo: “si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de ente los muertos, serás salvo”. Esta profesión de fe ha de acompañar todo nuestro recorrido cuaresmal y pascual.

Pero el evangelio de hoy es asimismo una invitación a considerar nuestra filiación divina a la luz de Jesús, el Hijo de Dios. Sus tentaciones también ponen de relieve que Él asumió nuestra condición humana. Por esto podemos descubrir, en la suyas, nuestras propias tentaciones: nuestro ansia de placer o el dejarnos llevar de lo más cómodo...; nuestro deseo de poder, y nuestra sumisión a los ídolos de este mundo...; la exaltación individualista de nuestra propia autonomía, excluyendo de nuestra vida a los demás... Confesar nuestra fe en Jesús conlleva poner la mano en nuestro corazón y reconocer qué tentaciones nos dominan. Como nos recuerda el Papa Francisco, la misericordia de Dios saca a la luz nuestras debilidades. Nuestra confesión de fe ha de pasar por el reconocimiento de nuestra condición de pecadores.

La Iglesia nos recomienda, para estas fechas, la oración, el ayuno y la limosna (caridad). Estas prácticas cuaresmales nos han de predisponer para situar a Dios en el centro de nuestra vida, para abrirnos a su poder salvador, para “salir de nuestra alienación existencial gracias a la escucha de la Palabra y a las obras de misericordia” (Papa Francisco). Hoy, Jornada Nacional de Manos Unidas, podemos vivirlo y expresarlo. Vivamos este tiempo de Cuaresma como Jesús, llenos del Espíritu Santo y dóciles a su acción. Las dificultades y las tentaciones nos acompañarán a lo largo de nuestra vida, pero no nos quitarán la alegría que brota de la fe, de sabernos hijos de Dios. Lo expresamos con las palabras del salmista: “Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti” (Sal 90).

Carlos García Llata